

Ven, sé mi luz. Las cartas privadas de la Santa de Calcuta

Javier Ciordia Muguera
Poeta – Ensayista

Acabo de leer un libro de gran significación espiritual y, naturalmente, humana; un libro luminoso- Su título es una súplica, ésta: ¡Ven, sé mi luz! Se trata de *Las cartas privadas de la Madre Teresa de Calcuta (1910-1997)*, testigo de la oscuridad y de la misericordia. Su editor y comentarista es el Padre Brian Kolodiejchuk, M.C., quien colaboró con ella por más de veinte años. Su traductor, desde el polaco, la lengua original del texto, Pablo Carrera. Lo publicó en el 2008 la prestigiosa editorial Planeta en su sección de obras de testimonio. Desde sus primeras páginas, el lector descubre que la autora se autopercibe como una posible santa. Tal era, desde el principio, su proyecto de vida. En este sentido, había declarado ya en algún momento: “Si alguna vez llego a ser santa, seguramente seré la santa de la oscuridad”, (282). Pero, ¿por qué autodenominarse así? La respuesta, a la luz de sus cartas, parece ser ésta: porque la persistente crisis de fe, pese a su abnegada entrega a los más pobres, es decir, a los “parias” de la vastísima Ciudad de Calcuta, jamás se desvaneció por completo. No solo no se desvaneció, sino que las tinieblas interiores le siguieron tenazmente por todos sus caminos. Se trata, pues, no de una crisis cualquiera, sino de un disturbio interior tan aciago y tan tenso que colinda con la experiencia del aparente abandono de la Providencia. De hecho, el término “oscuridad” ostenta en este epistolario, un protagonismo indiscutible. No obstante, constituye también, como si fuera el

anverso de la misma moneda, el más fehaciente alegato de su sed de Dios; una sed que, a lo largo de toda su andadura humana, se tradujo en dación generosa a los más pobres, los verdaderos amos y señores de su corazón. Lo dramático e incluso trágico de su caso es, a mi juicio, que ella se creía inhabilitada para el amor, tal como lo experimentó durante un largo período de su vida; período que describe como una secuencia de antítesis irreconciliables y persistentes. Entre éstas, las más insobornables, es decir, las que se dan cita consecutivamente en el trasfondo de su vivir, fueron, tal como ella misma las formuló, estas tres:

Estar enamorada y sin embargo no amar; vivir de la fe y sin embargo no creer. Consumirse y estar, sin embargo en las tinieblas absolutas. (303)

En esta noche oscura, tan lóbrega como prolija, la sequedad de su espíritu llegó a tales niveles, que la experimentó como la manifestación misma del infierno. Por eso, refiriéndose al trauma de su mente en esta época, anotó con lucidez en apariencia estoica: “Si existe el infierno, este debe ser uno”. (305) Para ella, pues, el infierno lo llevaba dentro de sí; se cifraba en sentirse y en estar, aparentemente, sin Dios, o, lo que es igual, en experimentar su propia vida, no sólo como una ausencia de la misericordia divina, sino como un rechazo de ésta. De hecho, en el transcurso de su vivir hay fases de una

inusitada lobreguez; fases en las que desaparecen todos los estímulos y consuelos, como si la brújula de su fe se hubiera desmagnetizado y como si no experimentase más que la “infernalidad” de su vivir. En una de esas fases llegó a formular esta escalofriante declaración: “Dentro de mí todo es oscuro y siento que estoy totalmente apartada de Dios” (370). En otros momentos, sin embargo, le suplica a Cristo que le dé su corazón, para que ella lo pueda amar como Él la ama. Es decir, le pide el más excelso amor, pues, a su parecer, “no hay amor más grande que el de Cristo” (344). No obstante, su situación anímica era a veces de tal postración, que sólo se consolaba ayudando a otros a que amarán a Dios, ya que ella, según su propio decir, no los podía amar (310). Mas, aunque la noche le asediara y le obsediera desde todos los puntos cardinales, no perdía, sin embargo, su camino; antes bien, proseguía imantándolo con su conducta de fe y de filantropía. Y, aunque cada vez parecía entender menos “la humildad de Dios hecho hombre por amor nuestro” (349), paradójicamente, sin embargo, sabía más de Él y más se le aproximaba.

Pero, si ocurría así era, sin duda, porque cada día se hallaba más impregnada de la “filosofía” divina; esa filosofía que en ella tenía sus “textos” más luminosos en la persona de los pobres. Ciertamente hay seres humanos que son como sagrarios ambulantes; pero los hay también que “comercian” en las ideas del Evangelio. Entre unos y otros, la Madre Teresa era una síntesis de acción y de contemplación; de vida hacia fuera y hacia adentro; es decir, mantenía una especie de consorcio entre la calle y el claustro; o, lo que es igual, era simultáneamente una conjunción de reverberos astrales y de eclipses íntimos;

de vigor y de indulgencia; de cristificación y de altruismo. El lector de sus cartas encuentra en ellas los materiales más aptos para la forja de una persona santa. Entre éstos resplandecen, particularmente, cinco: la humildad, la misericordia, la oración, el trabajo y la inteligencia social. La Madre Teresa se autoconstruyó con ellos y fungió, mediante ellos, como una mujer de Cristo para los pobres. Fue en éstos, en los pobres y más específicamente, en los más desvalidos y andrajosos, donde descubrió el rostro genuino del Nazareno y, como consecuencia, quiso aplacar en ellos las angustias del gran “sediento” y del gran “pobre” de la cruz. En esto, se cifró su tarea más ardua y obsesiva. Y, al par de este afán por los más menesterosos, el lector detecta en sus cartas una vivencia insobornable: la del vacío interior; o sea, una atroz aridez espiritual.

Pero la Madre Teresa era alguien que no le negaba nada a Dios. Podrá parecer, a veces, que se trataba de una criatura ensimismada o centrada en sí misma; mas, si había algo de esto, no era en modo alguno por egolatría, sino por arrancar de sí lo mejor de su yo, es decir, por hacerse más altruista. En sus cálculos no entraba el culto al “ego”, sino al tú esencial. De hecho, a la hora de tributársele algún reconocimiento, reaccionaba desde su verdad más honda: “Jesús... me ha concedido una gracia, y es ésta: la convicción más profunda de mí nada absoluta” (356). Pensaba también que esa nada era “su verdadera crucifixión” (356).

Por otra parte, al igual que el gran místico y máximo poeta de la literatura española, el inefable San Juan de la Cruz, ella también sabía dónde se hallaba “la fuente que mana y corre”. Y sabía,

igualmente, que “no hay amor más grande que el amor de Cristo” (344), razón por la que aceptaba todo lo que Él le diera, al tiempo que ella pretendía darle “todo lo que Él aceptara de sí misma”.

Pero, al par que descubría el rostro de Cristo en los más pobres, hallaba también que la peor enfermedad que puede experimentar un ser humano se llamaba “desprecio”, y que éste, el desprecio, reduce al prójimo a la categoría de objeto inservible, como lo saben todos los que lo han experimentado en alguna ocasión.

Y ahora, mientras redacto estas notas, alguien que ve el epistolario sobre mi escritorio, me pide opinión sobre él. Mi respuesta, quizá algo brusca, por espontánea, ha sido esta: “léelo”. En el fondo, la razón es obvia, ya que el resonador psíquico de cada ser humano es diferente. Entre el aplauso o el vituperio de un libro o de cualquier obra de arte e, incluso, de cualquier persona, se interponen múltiples factores, como son, por ejemplo, la cultura, el interés por la materia, la sensibilidad estética, los principios ético-sociales, la inteligencia emocional, las querencias psicológicas, los valores, la empatía y otros elementos que puedan abogar por la convergencia o la divergencia en el sentir.

A mi parecer, las cartas de la Madre Teresa pueden afectar, particularmente, a quienes buscan de forma consciente o inconsciente una significación más honda para sus vidas y, así mismo, a quienes, de un modo u otro, desean desarrollar el sentimiento de projinidad por encima de cualquier otra forma de cultura. En el fondo de las mismas se vislumbra una espiritualidad que yo calificaría de “jesucristica”, inmersa tanto en la “conventualidad” de

la calle, como en el rastreo y el rescate de los “parias” del mundo; es decir, una espiritualidad sufragada por el sentido de la misericordia, que es, a mi juicio, la forma suprema de la inteligencia humana. Creo, en efecto, que si fuéramos de verdad inteligentes, nos compadeceríamos hasta de los astros y seríamos, desde luego, más tolerantes. A mi parecer, por tanto, este epistolario es un texto, más que teórico, existencial. Un texto entretejido con anécdotas y datos, con experiencias y actitudes, con ideas y posturas que pueden ilustrar y acaso conmover al lector; un texto, en fin, de alguien que, pese a su gran vacío interior, no le negó nada a Cristo. Teresa de Calcuta aceptó la oscuridad de la fe y fue por ello “la santa de la oscuridad”. Pero aunque se adueñara de todos sus sentidos, jamás dejó de seguir hacia adelante. La sed de Jesucristo era, como en el santo carmelita, su apremio más acucioso. Fue esta sed la que la llevó a fundar una nueva congregación religiosa: la de las Misioneras *de la Caridad*. Esta se ha establecido ya en más de setenta y siete (77) países y cuenta con sobre 300 casas o centros de formación. De acuerdo con la filosofía de su fundadora, sus asociadas “han de ser contemplativas en acción” (415). Como si dijera: sus claustros han de ser las calles; y su negocio, los más desvalidos. *La santa de la oscuridad* pasó mucho tiempo rastreando los antros callejeros de Calcuta, a fin de rescatar a los más desafortunados. Su obra, en este sentido, prosigue todavía.

En la contraportada del libro, un volumen de 478 páginas, hay un fragmento biográfico que se titula así: “Retrato íntimo de la santa”. En él se dice, entre otras cosas, esto: “La Madre Teresa se ha convertido en un icono de caridad y de compasión para personas de todas las religiones y de todos los países.”

Nos hallamos, pues, ante una persona de mentalidad claramente ecuménica. Sus cartas evidencian tanto sus “luchas internas”, como su caridad; las luchas de quien vivió, prácticamente, en una insoslayable noche oscura, razón por la que se la puede conocer como la santa de la entrega incondicional a los abandonados de la tierra. La Madre Teresa llevaba dentro de sí una inmensa noche oscura; pero, hacia afuera de sí era todo clarividencia. Lo era porque poseía la inteligencia más alta que puede poseer un ser humano: la inteligencia “de la misericordia” y “para la misericordia”.

Y ahora, a modo de colofón de estas notas, un hecho raro y curioso. Sucedió a la hora de su muerte, el 5 de septiembre de 1997. El caso fue que, al tiempo que ella agonizaba, la casa se oscureció por completo. No sólo falló la luz eléctrica, sino que fallaron también los dos generadores que la podían reemplazar. El lector se pregunta: ¿no sería esta experiencia una reconfiguración de la oscuridad del calvario, a la hora de la muerte de Cristo? Presumo que sí.

Presumo que el Gran Mártir de la Historia la agasajaba, como caricia postrera, con el “eclipse” que se produjo sobre el Gólgota en el momento de su muerte. Que los doctos en ciencias místicas lo diluciden. Los que lo son en materia social ya dilucidaron su aporte sociológico, como lo evidencia el hecho de que la Academia Sueca le otorgara, en 1979, el Premio Nobel de la Paz. Pero se atisba otro reconocimiento en vías de efectuarse: la declaración por parte de la Iglesia Católica de su santidad. De hecho, en la iconografía religiosa actual, la Madre Teresa ocupa un espacio de privilegio. Presumo que lo ocupa, sobre todo, en quienes conocen, al menos básicamente, los rasgos de su vida y de su obra. En este sentido, me resulta inevitable recordar que su retrato presidió siempre el escritorio de un colega académico que se nos fue, hace ya un par de años, al trasmundo del mundo. Algo habría descubierto en ella, más allá de una ingenua forma de pietismo, para que le otorgara la presidencia de su mesa de trabajo, un día y otro.

LAS CARTAS PRIVADAS DE «LA SANTA DE CALCUTA»